

Pío Moa

**LOS MITOS
DE LA
GUERRA CIVIL**

la esfera  de los libros

Índice

<i>Prólogo a la edición del XX aniversario</i>	XIII
<i>Prólogo a la edición del X aniversario</i>	13
<i>Nota del autor</i>	27

PRIMERA PARTE

Introducción. Los personajes de la república en la marcha hacia la guerra	35
1. Niceto Alcalá-Zamora, el conservador que trajo la república y precipitó la guerra	50
2. Azaña: la inteligencia jacobina y los gruesos batallones populares	62
3. Largo Caballero, o la revolución <i>proletaria</i> ; Prieto, el amigo socialista de Azaña	77
4. Companys, levantar Cataluña	92
5. García Oliver, la gimnasia revolucionaria	107
6. José Díaz, la estrategia de Moscú	119
7. José Antonio, dialéctica de los puños y las pistolas	132
8. Calvo Sotelo, «la democracia no frenará el comunismo» .	147
9. José María Gil-Robles, ¿fue posible la paz?	161
10. Franco, «lo que ni usted ni yo queremos que pase» ...	182
11. Consideraciones generales sobre las causas de la guerra	197

SEGUNDA PARTE

12. ¿Salvó a la república el armamento de las masas?	213
13. El primer puente aéreo ¿alemán o español?	224
14. «La mayor persecución religiosa de la historia»	237
15. García Lorca, Maeztu, los <i>padres espirituales</i> de la república y otros intelectuales	255
16. El Alcázar de Toledo y otros asedios	268
17. Las matanzas de Badajoz y de la cárcel Modelo madrileña	288
18. El oro enviado a Moscú, ¿un mito franquista?	307
19. ¿Perdió Franco Madrid por ganar Toledo?	323
20. La batalla de Madrid	335
21. Las Brigadas Internacionales	357
22. Intervención y No intervención	368
23. Guernica	383
24. Guerra civil en la guerra civil: mayo del 37 en Barcelona	405
25. El Pacto de Santoña: el PNV golpea a sus aliados ...	424
26. El enigma Negrín	441
27. El salvamento de las obras del Museo del Prado y otros salvamentos	461
28. El enigma Franco	487

EPÍLOGOS

I. La guerra civil española en el siglo XX	509
II. La guerra civil en la historia de España	527
Nota bibliográfica	549

APÉNDICES

I. <i>Mapas</i>	551
II. <i>Origen regional de personajes citados</i>	559
III. <i>Cronología</i>	577
<i>Notas</i>	589
<i>Índice onomástico</i>	607

PRÓLOGO A LA EDICIÓN
DEL XX ANIVERSARIO

EL MIEDO A LOS
MITOS DE LA GUERRA CIVIL

La reciente traducción de este libro en Francia ha provocado un verdadero tumulto entre los historiadores y los medios que, por simplificar, llamaremos progres, y que repite casi exactamente el que provocó en España cuando se publicó, hace veinte años. Como se recordará, la reacción contra *Los mitos de la Guerra Civil* en España fue cualquier cosa menos intelectual y democrática: exigencias de censura (que desembocarían en las leyes de memoria, ahora llamada «democrática» por los liberticidas censores), lluvia de insultos personales, amenazas, etc. La traducción, tan tardía, y mi entrevista en *Le Figaro* con Isabelle Schmitz han hecho que un libro español haya causado este pequeño terremoto intelectual, cosa verdaderamente desacostumbrada; y hasta un manifiesto indignado por parte de cien profesores y catedráticos franceses.

Y muchos se preguntan: ¿por qué en Francia puede interesar tanto la guerra de España? La respuesta es compleja, pero se puede resumir en el hecho de que aquella guerra y sus consecuencias han tenido gran influencia en la historia europea, y en que, como en España, no ha sido asimilada, sino desvirtuada sistemáticamente: «uno de los sucesos del siglo xx sobre los que más se ha mentado», en palabras del historiador inglés Paul Johnson. La mentira se ha mantenido mediante el silenciamiento de las versiones discrepantes y se ha oficializado en España mediante leyes totalitarias, pero ha dejado siempre un regusto

de sospecha y malestar. Por eso es posible que la traducción de esta obra al inglés, al alemán o al italiano, evitada, casi prohibida hasta ahora, causara en esos países una conmoción parecida a la francesa. Lo ideal sería que diera lugar a un debate intelectual, que he pedido reiteradamente y siempre en vano. Al respecto he publicado en la revista francesa *Causeur*, una réplica a mis «críticos», traducida por el historiador Arnaud Imatz, que también escribió un esclarecedor prólogo al libro, réplica cuyas líneas básicas reproduzco aquí libremente:

El extraordinario escándalo suscitado por la traducción de *Los mitos de la Guerra Civil* en Francia y los comentarios en *Le Figaro*, recuerdan la conmoción que produjo en España hace veinte años. Lo más notable en esas reacciones es que no son una crítica a las tesis o hechos expuestos en el libro, sino una exigencia de censura, intento de impedir la difusión y lectura de ellas. Cualquier observador un poco agudo percibe un tono de histeria o pánico en tal reacción, furiosa, estridente e intimidatoria («cómo se ha atrevido *Le Figaro*», vienen a decir), pero sin el menor atisbo de crítica racional.

La causa de esa irritación se percibe fácilmente: si lo que dice *Los mitos* es cierto, sería en gran parte falso el discurso prevaleciente en España y Europa sobre aquella guerra, su significación y consecuencias históricas. Lo que abre nuevas hipótesis y afecta a diversos intereses. El problema para el discurso dominante no debería ser difícil: le bastaría con destacar dos o tres puntos clave en el libro y demolerlos con datos y argumentos, pero no hay nada de ello sino silenciamiento en unos casos e insultos e intimidaciones en otros... Que dejan además la impresión de que tales «críticos» ni siquiera han leído lo que critican. Según ellos, en suma, el libro es «propaganda franquista» obra de un «pole-

mista obsceno», «revisionista» y carente de «la metodología y ética propios de verdaderos historiadores» (es decir, ellos mismos). Todo sin molestarse en intentar demostrarlo.

Empecemos por la «metodología y la ética». Según todos ellos, con más o menos matices, el bando derrotado en la guerra representaba la democracia y continuaba la II República, y negarlo por mi parte es la causa principal de su indignación. Ahora bien, el núcleo político y de masas de dicho frente se componía de comunistas, socialistas bolchevizados aún más radicales, separatistas vascos y catalanes iluminados por un furioso racismo, más, como adorno, anarquistas y republicanos de izquierda golpistas (Azaña). Todos ellos bajo la tutela de Stalin. No sé si estos próceres entienden como democráticos a esos partidos o al conjunto de ellos, y si es así debieran explicarlo claramente. Pero desde un punto de vista más habitual, se trata de una atrocidad intelectual y política, y me pregunto qué metodología y qué ética les habrá llevado a tal conclusión.

La cuestión del Frente Popular es clave también para entender la causa y sentido de la guerra. Básicamente se trataba de una alianza de partidos soviéticos y separatistas, lo que significaba una grave amenaza a la integridad nacional de España y a su cultura, europea de raíz cristiana, que sería sustituida por un sistema soviético, según explicaron claramente sus líderes. La II República no fue concebida con semejantes perspectivas, y debe decirse que el Frente Popular no solo no continuó a dicha república, sino que la destruyó en dos golpes: el primero fue la Insurrección de octubre del 34, protagonizada sobre todo por socialistas y separatistas catalanes, y que, aunque fracasó, dejó malherida a la República. Y el segundo y definitivo fueron las elecciones de febrero de 1936, demostradamente falseadas por las izquierdas y que instauraron un inmediato régimen de violencia y terror, con cientos

de incendios y asesinatos culminados en el de entonces jefe de la oposición, Calvo Sotelo.

¿Podrían esos profesores desmentir estos hechos básicos? Como digo, ni lo intentan. Simplemente afirman que señalarlos es hacer «propaganda franquista». Sin embargo yo me apoyo de modo muy fundamental en la documentación de la propia izquierda, que demuestra, por ejemplo, que el PSOE diseñó la insurrección de 1934 como una guerra civil, textualmente, a fin de imponer una «dictadura del proletariado», es decir, del propio PSOE; y que para soliviantar a las masas usaba el pretexto de una amenaza fascista que sabía perfectamente falsa. O que ante las elecciones de 1936 tanto Largo Caballero como Azaña advirtieron que no reconocerían una votación popular adversa. Entre otras muchas cosas. ¿Se puede llamar «propaganda franquista» a esta documentación, en parte conocida y en parte exhumada por mí de sus archivos? ¿Qué metodología y ética es esa?

En algo daré la razón a estos señores: soy revisionista. Y lo soy porque la revisión es esencial en la investigación, científica o histórica, y es precisamente el arma que se opone al dogmatismo y al fanatismo, que visiblemente quieren imponer muchos en estas cuestiones, con una metodología y ética digamos discutibles.

Daré, en fin, unas explicaciones sobre el origen de este libro. Entre 1999 y 2001 publiqué en Ediciones Encuentro la trilogía compuesta por *Los orígenes de la guerra civil*, *Los personajes de la República vistos por ellos mismos* y *El derrumbe de la República y la guerra*, producto de nueve años de trabajo. Estos tres libros podían resultar de lectura algo incómoda para el público en general, debido a estar repletos de notas de archivos y referencias bibliográficas, de prensa, actas de las Cortes, etc., por lo que me pareció conveniente un resumen popular —que no vulgarizado— de los tres.

Los mitos fue concebido con un método expositivo original, que me pareció el más eficaz, en dos grandes partes. Una primera aborda las concepciones políticas e ideológicas de los diez principales líderes de partido y personajes determinantes. Aunque suene extraño, esto no es frecuente en los libros de historia, que apenas suelen profundizar en los contenidos ideológicos en pugna. En el tercer tomo de la trilogía dediqué amplio espacio a dichos contenidos (anarquismo, marxismo, fascismo, etc.) sin los cuales nada se explica con alguna profundidad, y en *Los mitos* hice lo mismo de modo más directo y personal, ciñéndolo a los personajes y sus ideas.

Y en una segunda parte examiné diecisiete cuestiones y sucesos muy concretos de la guerra, para atraerlos del terreno del mito, más bien del seudomito propagandístico, al de la realidad comprobable historiográficamente. Y lo hice partiendo, bien de la documentación de la propia izquierda, bien de investigaciones detalladas y nunca desmentidas de diversos historiadores. Finalmente añadí dos epílogos sobre la Guerra Civil española en la historia del siglo xx y en la historia de España.

Creo que es este método expositivo lo que, al parecer, hace tan temible este libro para los dogmáticos enemigos de la revisión. Pero, como decía antes, solo tienen que elegir dos o tres temas relevantes del mismo y demostrar que son falsamente tratados para echar por tierra el conjunto. Nadie tiene la verdad absoluta, lo único que podemos hacer es aproximarnos a ella, y sin duda un debate abierto y honesto tendría alguna utilidad al respecto. Podría ser ahora la ocasión.

Noviembre de 2022

PRÓLOGO A LA EDICIÓN
DEL X ANIVERSARIO

ONCE AÑOS Y SETENTA
Y CINCO AÑOS DESPUÉS

Este libro ha sido quizá la obra de historia más vendida en los últimos once años. También la más atacada y censurada, pero nunca rebatida en ninguna de sus tesis. Por ello no ha envejecido, conserva íntegro su valor, lo cual justifica su reedición, con varias ampliaciones y correcciones de detalle en el 75 aniversario del final de la guerra.

La salida del libro puso de relieve rasgos deprimentes del ambiente académico y mediático. Stanley Payne afirmó por entonces en *Revista de libros* que mis trabajos «constituyen el empeño más importante llevado a cabo durante las dos últimas décadas por ningún historiador en cualquier idioma, para reinterpretar la historia de la República y la Guerra Civil». Apreciación discutible, claro está, por lo que Payne advierte: «Lo principal no es que Moa sea correcto en todos los temas que aborda. Eso no puede predicarse de ningún historiador y, por lo que a mí respecta, discrepo de varias de sus tesis. Lo fundamental es más bien que su obra es crítica, innovadora e introduce un chorro de aire fresco en una zona vital de la historiografía contemporánea española, anquilosada desde hace mucho tiempo en angostas monografías formulistas, vetustos estereotipos y una corrección política determinante. Quienes discrepen de Moa deben enfrentarse a su obra seriamente y demostrar su desacuerdo en términos de una investigación histórica y un análisis serio que retome los temas cruciales».

Payne apela, pues, a un debate crítico, necesario en cualquier medio intelectual vivo y sano. Por desgracia no ocurrió así, y, constata el historiador useño: «Lo más destacable de la respuesta a la obra de Moa ha sido la ausencia de debate y la negativa a discutir el gran número de temas serios que suscita. Con muy escasas excepciones, ha recibido una hostilidad gélida o furibunda (...). Lo más notable es que, aparentemente, ni una sola de las numerosas denuncias de la obra de Moa hace un esfuerzo intelectualmente serio por refutar cualquiera de sus interpretaciones». Nulo esfuerzo acompañado de «censura de silencio o de diatribas denunciatorias más propias de la Italia fascista o la Unión Soviética que de la España democrática».

Estas citas no exageran la realidad. Sé de profesores que condenan mis trabajos sin argumento alguno y prohíben citarlos a sus alumnos. En *El País* escribió Javier Tusell desvirtuando mis puntos de vista y pidiendo su censura, petición cumplida por dicho periódico, que se negó a publicar mi nota de réplica al disparate tuseliano. Otro profesor —nada izquierdista— se jactaba de haber disuadido a varios colegas de leer *Los mitos de la Guerra Civil*. Si hallamos ese talante en profesores más bien derechistas, qué será en los muy mayoritarios «progresistas». Sin contar librerías que evitaban exhibir mis libros o trataban de disuadir de comprarlos a sus clientes (tengo constancias directas).

Quizá lo más cómico —o patético— haya sido la pose pedantesca de no «rebajarse» a debatir con alguien que, dicen, no sabe escribir historia (entonces debía haberles sido muy fácil refutarme. Y necesario, dada la difusión de mis obras). O la pretensión corporativa de que ningún profesional del gremio me reconocía como historiador, cosa que, de ser cierta, desacreditaría al *gremio* por dogmático. Como aclaré a algunos, hay, por supuesto, «profesionales y profesores que me reconocen como historiador. Me vienen ahora mismo a la cabeza Payne, Seco Serrano, Andrés-

Gallego, Ricardo de la Cierva, Cuenca Toribio, Bullón de Mendoza, Robert Stradling, José Luis Orella, Martín Rubio, Alonso Baquer, Luis García Moreno, Tom Burns, Manuel Tardío, J. Salas Larrazábal, Martínez Bande, Luis Togores... ¿O habría que quitarles también a ellos el “título” por cometer tal herejía? (...). Contra lo que sugieren los gremialistas, no existe el título de historiador, como tampoco el de filósofo, novelista, poeta, etc. El licenciado, doctor o profesor de historia, sin más, difiere tanto del historiador como el licenciado o doctor en filosofía difiere del filósofo, etc. Es historiador quien escribe libros de historia. A partir de ahí puede ser bueno, malo o regular. Y para juzgar el valor de sus trabajos precisamos analizarlos de forma concreta, como sugería Payne, y perdonen la reiteración de la obviedad». Lo cierto es que esas «censuras de silencio y diatribas denunciatorias» dan una imagen penosa del panorama intelectual español, no solo el historiográfico, el cual ciertamente dista de vivir una edad de oro.

Este anecdotario, que no ampliaré, fue flanqueado por presiones políticas. Cuando el periodista Carlos Dávila me entrevistó en un programa televisivo, se desató «la más feroz campaña», en sus palabras. Los sindicatos llenaron los locales de TVE con carteles exigiendo el despido y hasta el «extrañamiento» de Dávila, y exigieron al Congreso que nunca se repitiese su osadía. Y, por cierto, no se ha repetido en dicha televisión. Todo ello gobernando el PP. Grupos izquierdistas hicieron campaña para meterme en la cárcel y «reeducarme», sin protesta de los partidos ni de los intelectuales, salvo unos pocos. En varias universidades he sufrido agresiones de vándalos radicales, protegidos por los rectores. En Barcelona y otros lugares, los medios han silenciado sistemáticamente mis conferencias... Se ha dicho que la república fracasó porque apenas había republicanos. También puede fracasar una democracia por escasez de demócratas.

En fin, ¿cuál es el panorama actual en relación con la guerra civil? Ya en el franquismo, recuérdese, predominaron las versiones del historiador comunista Tuñón de Lara, también adoptadas en parte por intelectuales de derecha. Se añadieron las obras de historiadores extranjeros como Preston o Jackson —acogidas con cierto servilismo acrítico— en la línea de un marxismo difuso. La influencia del marxismo, aun caído el Muro de Berlín, sigue siendo sorprendente: no es fácil cambiar hábitos mentales muy arraigados. A esos historiadores los he llamado «lisenkianos» por analogía con la seudobiología marxista de Lisenko en la URSS.

Hoy, esas versiones están en ruinas desde el punto de vista intelectual y solo son aprovechables como material de desguace. «Pero precisamente esa ruina ha inducido al poder político a apuntalarlas mediante una ley típicamente totalitaria, llamada para mayor sarcasmo, “de memoria histórica”, un peligro para las investigaciones historiográficas independientes. Lo cual prueba lo justo de la denuncia de S. Payne sobre actitudes dictatoriales o stalinistas. La ley de memoria histórica es en sí misma un brutal atentado a la independencia académica y a la verdad histórica documentada».

Por desgracia, derrota intelectual no significa derrota social. En la universidad siguen predominando los profesores lisenkianos, aunque sus libros sean poco leídos y hayan debido matizar o retocar sus tesis más evidentemente reñidas con la realidad. El panorama empeora en los verdaderos formadores —o manipuladores— de la opinión pública, los medios de masas donde el fraude histórico arrasa, las series televisivas, películas, reportajes, etc. Hecho preocupante, porque la falsificación del pasado envenena el presente. No se puede «mirar al futuro», como predicán algunos políticos, sin una visión del pasado adecuada a la realidad, so pena de tropezar en viejas piedras. Cabe esperar que tal situación no se prolongue indefinidamente.

La guerra civil inauguró el período de paz más prolongado, fructífero y libre de golpes internos que haya vivido España en al menos dos siglos, pues aún dura. Una paz más prolongada que la de cualquier otro país europeo salvo Suecia, Suiza o Irlanda. Aunque solo fuera por eso, aquel conflicto marcó un antes y un después en la historia reciente española, y no es de extrañar el interés que ha despertado en España y fuera. En mi trilogía sobre estas cuestiones (*Los personajes de la República vistos por ellos mismos*, *Los orígenes de la Guerra Civil* y *El derrumbe de la República y la Guerra Civil*) he expuesto el complicado nudo de tensiones sociales, ideologías y decisiones individuales que se desató en el choque bélico.

Con otro método expositivo y de modo más condensado, *Los mitos de la Guerra Civil* aborda los principales temas suscitados por aquella contienda que cabría llamar fundacional. Todos los cuales deben enfocarse en el marco de tres cuestiones básicas, a menudo desdibujadas en las historias corrientes: ¿por qué se llegó a la guerra? ¿Qué se jugaba en ella? ¿Cuál fue su alcance internacional?

Sobre la primera cuestión, cabe encontrar la causa de la lucha en *el derrumbe de la ley republicana*. Muchos relatos se pierden en especulaciones «de clase», de «privilegios y explotación», en sentimentalismos, presiones internacionales, etc., sin atender a ese dato crucial. En toda sociedad humana fluyen y entrechocan diversos y con frecuencia opuestos intereses, ideas, aspiraciones, sentimientos, etc., y el único medio de impedir la disgregación en una lucha generalizada o la tiranía, es la ley y el poder que la hace cumplir. La sociedad genera espontáneamente la ley y el poder, y la causa última de las guerras civiles radica en el derrumbe de esa ley, sea porque el poder no la respeta, o porque es débil, o porque gran parte de la población la rechaza y quiere sustituirla radicalmente por otra más acorde a lo que cree ser sus intereses.

Al respecto, la república ofrece una lección precisa, al traer un nuevo poder y una ley hostil a gran parte del pueblo. La Constitución tomó carácter no laico sino anticatólico, impuesto sin consenso por las izquierdas contra la protesta de la derecha. Constitución solo a medias democrática, limitada aún por la Ley de Defensa de la República, que permitía al gobierno recortar arbitrariamente las libertades constitucionales.

Así, el poder se dotaba de medios para hacerse fuerte, tanto más cuanto que el grueso de la derecha aceptó la Constitución, aun si con amargura e intención de reformarla por los cauces legales. Y sin embargo el poder republicano resultó muy débil. Contra ideas corrientes, su debilidad no vino de la oposición derechista, sino de la propia izquierda, sobre todo la anarquista. En el primer bienio republicano, dominado por la izquierda, la CNT-FAI provocó numerosos y sangrientos disturbios, dos insurrecciones y varias violentas huelgas, cuya represión terminó por desacreditar al gobierno de Azaña y PSOE, con un saldo de más de 200 muertos.

Por contraste, el golpe derechista de Sanjurjo causó 10 víctimas mortales, fracasó al no apoyarlo la gran mayoría de la derecha y fortaleció al gobierno. Procede añadir, como suceso inicial muy grave, la quema de conventos, bibliotecas y escuelas católicas, una masiva provocación terrorista, apenas instaurado el régimen. La derecha no reaccionó a ella abiertamente (solo empezó alguna insignificante conspiración monárquica), pero el hecho produjo una fractura moral y política en la sociedad.

Si el poder y la ley fueron sacudidos en el primer bienio por ataques izquierdistas, todo empeoró en el segundo bienio, cuando la izquierda en pleno rechazó el amplio triunfo de la derecha en las urnas. Los anarquistas organizaron su insurrección más sangrienta; Azaña y otros republicanos intentaron golpes de estado

para anular el resultado electoral; el PSOE planeó un golpe revolucionario (lo he estudiado a fondo en *Los orígenes de la Guerra Civil*); los nacionalistas catalanes se declararon «en pie de guerra»; el PNV participó en movimientos desestabilizadores. Estas acciones culminaron en la insurrección de octubre de 1934, planeada como guerra civil. Entonces pudo venirse abajo la república, su legalidad. Si no lo hizo fue solo porque la derecha —también Franco— defendió al régimen, pese a no gustarle.

La relación de hechos es suficientemente aclaratoria: en el primer bienio fueron izquierdistas quienes sabotearon y ocasionaron crisis graves al poder y a la ley impuestos por otros izquierdistas. Y en el segundo bienio fueron las izquierdas en pleno, más los separatistas catalanes y vascos (aunque el PNV se abstuvo en la insurrección del 34), quienes se volcaron en masa contra su propia Constitución y contra un poder derechista legítimo, avalado por las urnas.

Pues bien, tras su derrota en las urnas en 1933 y por las armas en 1934, las izquierdas siguieron sin acatar la ley. Su fracaso les obligó a cambiar de táctica, pero sin abandonar su radicalismo. Y las derechas, en actitud insólita ante sucesos semejantes en Europa, no ilegalizaron a los partidos insurrectos, sino que les permitieron seguir actuando con una propaganda masiva. A su vez, las rivalidades entre líderes derechistas llevaron a la disolución de Cortes y a las trascendentales elecciones de febrero de 1936.

Ello nos lleva a la cuestión decisiva: *¿cuándo naufragó definitivamente la república?* Sobre ello debo hacer una corrección muy importante a la edición anterior de este libro. En ella sostenía que el hundimiento de la legalidad republicana se produjo con el reparto de armas a los sindicatos, en julio de 1936; pero hoy me parece indudable que el naufragio ocurrió cinco meses antes, en las elecciones de febrero. Una masa historiográfica apoya la legitimidad del Frente Popular por su victoria en aquellos comicios,

pero ¿fueron estos democráticos y ganados realmente por las izquierdas?

La campaña electoral vino marcada por odios exacerbados, homicidios y amenazas de la izquierda de no aceptar unas votaciones desfavorables (como en 1933). El escrutinio, lo reconoce Azaña y lo han confirmado las memorias de Alcalá-Zamora, careció en muchos lugares de garantías, bajo coacciones de las masas. El jefe de gobierno, Portela, huyó, y la segunda vuelta electoral se realizó bajo el poder del Frente Popular. A continuación, la derecha fue despojada ilegalmente de decenas de escaños, y la repetición de elecciones en Cuenca y Granada se hizo bajo un verdadero régimen de terror. Dificilmente pueden ser considerados demócratas quienes presenten como normales y democráticas unas elecciones celebradas en tales circunstancias.

Por tanto, la legalidad republicana, muy sacudida en el primer bienio y asaltada en el segundo, quebró definitivamente en unas elecciones fraudulentas. A continuación se desató un violento proceso revolucionario, con cientos de muertos y destrucciones de todo género. La derecha se vio en el dilema de rebelarse o aceptar el aplastamiento. Como señala S. Payne, en julio de 1936 la rebelión pareció ya a muchos menos peligrosa que la sumisión. Y así llegó la contienda, comenzada de hecho en 1934.

★ ★ ★

No se entenderá una guerra sin saber qué defendían y a qué aspiraban los contendientes, asunto esencial pero mal clarificado en muchas historias. Sin embargo se trata de una cuestión fácil de responder en esquema.

La república forjó una alianza entre las izquierdas y los separatistas catalanes, extendida durante la guerra a los vascos del PNV. Este dato prueba que en ese bando la idea de la nación español-

la pasaba a segundo término o era directamente atacada. Todos tenían una concepción heredada de la Leyenda Negra, achacando a España una historia «reaccionaria», «enferma», etc. Por ello, unos deseaban crear una nueva nación según su ideología (en las izquierdas, los «viva Rusia» eran mejor acogidos que los «viva España»), y otros aspiraban a dividir el país en varias naciones separadas. Común a casi todos era la atribución de los males de España a la Iglesia católica, de donde nacía otro punto crucial de acuerdo: un anticatolicismo que desembocó en un atroz genocidio. El católico PNV era la excepción, aunque no le importó disimular la persecución religiosa en aras de su alianza con el Frente Popular.

Debe descartarse como elemento identificatorio la bandera más enarbolada por la propaganda: la defensa de la república y la democracia. Ninguno de aquellos partidos era democrático, pues predominaban las tendencias totalitarias (PSOE, PCE, CNT), golpistas (Azaña, Companys, etc.), o de un racismo obsesivo (PNV). Es habitual llamarles «bando republicano», un equívoco que sugiere continuidad con la II República, cuando fueron ellos, precisamente, quienes arrasaron su legalidad.

Si aquellos dos puntos –anticatolicismo y minusvaloración o aversión por España– fundaron la alianza izquierdista-separatista, en todo lo demás sus partidos divergían. Y lo hacían con tal intensidad que llegaron a traicionarse y chocar sangrientamente entre ellos. En la izquierda predominaba un marxismo radicalizado (PSOE y PCE), más el anarquismo; mucho más débiles, los republicanos de izquierda se dividían en pequeños partidos. Los marxistas aspiraban a implantar, con una u otra táctica y plazos, una «dictadura del proletariado» al estilo de la Unión Soviética stalinista, mientras que los anarquistas deseaban abolir toda forma de poder (que no fuera el suyo, lógicamente), y los republicanos, reducidos a satélites de los marxistas, pensaban en una España más

o menos jacobina, al estilo de la izquierda burguesa francesa. Los separatistas vascos y catalanes, con fuerza en sus regiones, perjudicarían notablemente el esfuerzo común.

La reacción del bando nacional perseguía justamente lo contrario del Frente Popular: continuidad de la nación española y de la cultura cristiana, junto con otros elementos adheridos, como la propiedad privada, la familia tradicional, etc. Y ello por encima de cualquier otra consideración política, como la democracia —que tampoco representaba el Frente Popular—. No obstante, las izquierdas consideraban sus lemas patrióticos y religiosos como un simple disfraz de la dominación y explotación del pueblo trabajador por parte de grupos privilegiados y parasitarios.

La experiencia republicana no confirma la interpretación de explotadores burgueses contra trabajadores. En el izquierdista primer bienio, el hambre volvió a niveles de treinta años atrás, mientras que en el derechista segundo bienio —llamado «bienio negro por la izquierda»— hubo un principio de recuperación, y suele ensalzarse el año 1935 como el mejor de la república en economía y orden social, tras la derrota de la revolución del año anterior. Así, las élites conservadoras, aunque mediocres, distaban de ser los feroces chupasangres figurados por la propaganda adversa. Y en los cinco meses de paz convulsa bajo el Frente Popular, la economía quebró, con más de un millón de parados y el derrumbe del nivel de vida de los asalariados. Luego, durante la guerra, la zona roja sufrió la mayor hambre del siglo XX en España, mientras la zona nacional gozaba de un abastecimiento muy aceptable. Parece que el gobierno de los defensores de la nación y el cristianismo resultó menos gravoso para el pueblo que el de sus contrarios.

Cabe señalar otros datos indicativos: en el bando nacional lucharon más voluntarios que en el revolucionario, y lo hicieron con más convicción: casi todas las acciones heroicas le corres-

pondieron, mientras que el Frente Popular hubo de reforzar la disciplina con reglamentos militares de una extrema dureza.

El bando nacional no fue monárquico ni se alzó contra la república, sino contra la deriva revolucionaria del Frente Popular. Agrupaba a fuerzas heterogéneas: falangistas, monárquicas tradicionales, antigua CEDA. La Falange, muy poco monárquica, criticaba a las derechas tradicionales su falta de sentido social, su inclinación a predicar a los de abajo resignación «cristiana» y a los de arriba obras de caridad. Influyó mucho en el franquismo, pero nunca predominó en él, y su proximidad al fascismo quedaba limitada por su carácter católico. Si las diferencias internas no causaron desgarramientos como en el Frente Popular, se debió al equilibrio mantenido por Franco y al poder cohesivo de los elementos comunes que los unían por encima de las discrepancias.



La guerra de España tuvo extraordinaria repercusión mundial. Despertó pasiones en gran parte de Europa y de América, o en países norteafricanos y asiáticos, especialmente Filipinas. Ello obedeció a tres razones principales. En primer lugar, el conflicto estalló en medio de un caldeado ambiente europeo donde se gestaba otra contienda mundial. Ello obligó a las potencias europeas a tomar posiciones ante España. Para Inglaterra y Francia era prioritario mantener el orden internacional salido de la I Guerra Mundial, en la que habían vencido. Alemania, derrotada en 1918, trataba precisamente de romper ese orden, retando a las democracias y con vistas a expandirse por países eslavos, sobre todo Rusia. La Unión Soviética, convencida de la proximidad de una nueva guerra «imperialista», procuraba evitar la agresión alemana, desviándola de la URSS hacia las democracias «burguesas»,

lo cual presuntamente arruinaría a Europa occidental y dejaría a Moscú como árbitro de la situación. Italia, por su lado, aspiraba a convertirse en el poder hegemónico del Mediterráneo.

Estas expectativas guiaron las actuaciones de unos y otros en relación con España. Inglaterra, en menor medida Francia, se esforzaron por impedir que la hoguera española prendiera en el resto de Europa. Alemania ayudó a Franco porque una España izquierdista fortalecería a su rival Francia, y dentro de ello procuró alargar la lucha para distraer la atención internacional del avance de sus designios en Europa central (Austria y Checoslovaquia, para empezar). Italia apoyó también a Franco con el objetivo de debilitar a Francia e Inglaterra. Y la URSS encontró en el conflicto español una excelente ocasión para enzarzar a las democracias contra los países fascistas.

Una segunda causa de la repercusión de la guerra civil hispana fue el peso de las ideologías que por entonces orientaban a los gobiernos y apasionaban a las masas europeas: la democracia liberal, el comunismo y el fascismo. Respecto a este último debe distinguirse el nacionalsocialismo alemán del fascismo propiamente dicho, el italiano, mirado entonces con cierta complacencia por Inglaterra y otros países. En España combatían fuerzas asimilables a las tres corrientes, aunque la adscripción es en parte engañosa. Ciertamente el bando mal llamado republicano cayó pronto bajo la hegemonía stalinista, y es muy engañosa la adscripción a la democracia liberal por parte de los republicanos de izquierda, de todas formas muy secundarios en la pugna. No menos engañoso es identificar como fascista al bando nacional, donde predominaban los tradicionalistas y conservadores autoritarios. Ni Franco, ni la mayoría de los generales, ni los carlistas, ni la influyente jerarquía eclesiástica pueden ser considerados fascistas, y mucho menos nazis. Solo teniéndolo en cuenta puede entenderse que el régimen de Franco se abstuviera en la II Guerra Mundial

y luego persistiese 36 años desafiando en buena medida al nuevo orden creado por los vencedores.

No obstante, estas distinciones resultaban muy secundarias para las opiniones públicas europeas, prestas a identificaciones fáciles y con frecuencia toscas. Numerosos intelectuales, políticos y masas populares creyeron entender el conflicto español como una magna batalla entre el fascismo y la democracia, idea sin base pero que la propaganda, ante todo la comunista, explotó al máximo y con éxito perdurable hasta hoy. También cundió la visión de esta contienda como el prólogo a la mundial, por más que esta dio comienzo, precisamente, por un pacto entre Hitler y Stalin, enemigos cerrados en España. Nuestra guerra civil tuvo profundas peculiaridades que la alejaban de las corrientes ideológicas predominantes en el resto de Europa, pero era inevitable que estas identificasen como afín a uno u otro de los bandos españoles, lo que ha introducido numerosos malentendidos en las interpretaciones históricas.

Hay otro punto a destacar en cuanto a la repercusión internacional. Es improbable que un choque bélico interno en cualquier país periférico de Europa despertase un interés apasionado, y la Península ibérica ocupa una posición periférica, como Italia, países balcánicos, escandinavos o del este europeo. Pero España reunía dos condiciones particulares: su posición geoestratégica a retaguardia de Francia, a la que podía debilitar o fortalecer, y entre dos mares tan importantes como el Mediterráneo y el Atlántico, más su proyección sobre África, le daban un carácter único. En segundo lugar, para el resto de Europa era un país un tanto enigmático, por el contraste entre lo que había sido y lo que había llegado a decaer. En otros siglos, España había puesto los límites al expansionismo turco, francés y protestante, había cruzado por primera vez los mayores océanos y dado la vuelta al mundo, había conquistado y colonizado inmensos territorios y crea-

do una gran cultura original. En cambio, en los siglos XIX y XX parecía la sombra de su pasado esplendor, y ello no dejaba de resultar chocante, atrayente para las mentalidades románticas y en alguna medida alarmante por la posibilidad, aunque fuera remota, de un retorno del viejo espíritu.

De todas estas cuestiones, más pormenorizadamente, tratan las páginas siguientes.

Febrero de 2014

NOTA DEL AUTOR

La guerra civil española, cuyo apasionamiento pervive, ha sido pródiga en mitos, sobre todo en su primer año, cuando se definieron las fuerzas, posturas e ideales: el Alcázar de Toledo, la defensa de Madrid, la persecución religiosa, la matanza de Badajoz, las Brigadas Internacionales, y tantos más. En los aquí seleccionados puede observarse cierta arbitrariedad. ¿Por qué no dedicar capítulos a Durruti, la batalla de Guadalajara, Andrés Nin, la batalla del Ebro, la muerte de José Antonio, las milicianas, Paracuellos, Belchite y a tantos otros sucesos o personajes que vienen enseguida a la cabeza? Porque el libro se alargaría indefinidamente, pero sobre todo porque esos temas vienen contenidos en los aquí tratados. Por ejemplo, he resumido el terror de retaguardia en las matanzas de Badajoz y de la cárcel Modelo de Madrid, con sólo algunas líneas para la de Paracuellos y otras; o he preferido a García Oliver sobre Durruti, porque el primero pesó más en la guerra, etc. No es ésta una historia sistemática de los episodios de aquel conflicto, sino un examen crítico de los sucesos y personajes más destacados o «mitificados» por la historiografía o la propaganda.

Suelen denominarse mitos los relatos inspiradores de sentimientos y conductas religiosas o éticas, que también refuerzan la identidad comunitaria. Deben de responder a una necesidad psicológica, porque incluso las ideologías antirreligiosas producen sus mitos, piénsese en el «buen salvaje» o el «proletariado», con

su cortejo de relatos más o menos históricos o literarios, que fundan la adhesión a ellas. En nuestra época, no muy religiosa, la publicidad y la propaganda crean sin tregua mitos, generalmente triviales. Así son llamados figuras y sucesos variopintos del arte, el espectáculo, la política, etc., por su capacidad para *inspirar* en la gente identificación emocional e imitación, erigiéndose en modelos de conducta o de sentimientos.

El lenguaje original del mito es simbólico, se vale de personajes y hechos irreales o cuya realidad ha sido transformada, para los fines inspiradores indicados, de tipo religioso o ético. El simbolismo nace de la dificultad o imposibilidad de expresar en forma lógica tales fines, referidos, en resumen, al elusivo sentido de la vida. De esa irrealidad, en otros casos artificiosa, deriva una segunda acepción de la palabra mito, la de simple fraude urdido *ex profeso* para motivar adhesión política. Un discurso del presidente de la Generalidad, Jordi Pujol, animaba a los nacionalistas catalanes a crear mitos que inspiraran creencia fervorosa, y ponía por modelo a los griegos actuales, en su opinión ajenos, étnicamente y en cualquier aspecto, a la Grecia clásica, pero que han llegado a creerse descendientes de ella y se lo han hecho creer a todo el mundo. De igual modo operan muchos de los mitos abordados aquí. Parte de ellos se desmontan con sólo recurrir a la lógica, otros requieren ahondar en los datos y en los argumentos.

La fabricación actual de mitos, sobre todo en el orden político e histórico, sufre, por suerte, una corrosión crítica o «desmitificadora» no menos incesante, que trata de iluminar la realidad bajo las fábulas. Pero, ¿se pueden desmontar todos los mitos? ¿Existen mitos consistentes, capaces de resistir la crítica? En mi opinión sí, y no rara vez el afán desmitificador juega con cartas marcadas, o concluye en un banal y estéril escepticismo, o refuerza otros mitos inconsistentes. En este libro, no ya expuesto a la crí-

tica sino acucioso de ella, encontrará también el lector ejemplos al respecto.

Reflejo de la mitificación de la guerra civil es precisamente la dificultad para calificar a los contendientes. Se han usado los términos «frentepopulistas y nacionalistas», «demócratas y fascistas», «franquistas y rojos», «rebeldes y leales», etc. Lo inadecuado de varios de ellos salta a la vista. Los sublevados en julio del 36 sólo fueron rebeldes o facciosos durante unos meses, cuando carecían de Estado y parecían abocados a la derrota. Pero desde octubre o noviembre ya constituían un poder beligerante sólido, con cierto reconocimiento internacional, superando el estadio de la mera rebeldía. Tampoco eran fascistas, aunque algunos de sus rasgos superficiales y una de sus fuerzas principales —pero no la principal—, la Falange, pudieran asimilarse al fascismo. Y la palabra «rojos», asumida con orgullo entonces por los así llamados, ha terminado por adquirir un matiz peyorativo, aparte de no identificar a los anarquistas, a los republicanos de izquierda o a los separatistas vascos.

Hoy predominan los términos «republicanos y nacionales» (o «nacionalistas»). Pero, ¿era republicano un bando integrado por varias de las fuerzas más hostiles a la república desde su origen, como la CNT, o los comunistas, o el mismo PSOE a partir de 1934? La legalidad republicana, nadie lo discute, rodó por tierra el 19 de julio de 1936, sustituida por una revolución anárquica, y luego, en septiembre, por un gobierno básicamente revolucionario. Titular republicanos a esos poderes carece de rigor. Al caer la república, en julio del 36, quedó también maltrecho el Frente Popular, formado, como sabemos, por revolucionarios marxistas y republicanos de izquierda, éstos en el gobierno; lo reconstituido en septiembre fue dicho frente, no la vieja república, y con un cambio esencial: los republicanos de izquierda pasaron a un tercer plano, y los marxistas al poder. El nuevo Frente Popular

logró atraerse al PNV, y después a la CNT, anarquista, y cabe hablar, por tanto, de un bando «frentepopulista» o, para abreviar «populista», en sentido diferente del usado en la sociología política.

Tampoco distingue el nacionalismo al bando de Franco, porque el contrario cultivó un nacionalismo no menor. La expresión «bando nacional», aunque vaga, parece más adecuada, por cuanto uno de sus signos básicos de identidad fue la concepción de España como una nación, cosa menos clara en el campo opuesto.

Otro modo de identificar a los contendientes sería el más simple de «izquierdistas y derechistas», aunque entre los primeros combatiese también el muy derechista PNV, y en los otros la Falange se proclamase al margen de la derecha. También resulta propio hablar de un bando «franquista», aunque no al principio, pues Franco se hizo pronto el líder indiscutido en su zona, cosa que nunca lograron, aunque sí intentaron, Largo Caballero y Negrín en la opuesta.

En este libro emplearé, por tanto, los términos «populista», «izquierdista» o «revolucionario» para nombrar a uno de los bandos, y «nacional», «derechista» o «franquista» para el opuesto. Con su inevitable carga de vaguedad, me parecen bastante más ajustados y neutros que los de republicanos, rojos, leales, fascistas, etc.

Otra advertencia terminológica: empleo a menudo, aunque no exclusivamente, las formas «Usa» y «useño» en lugar de Estados Unidos y «norteamericano» o «estadounidense», términos estos últimos incómodos e inadecuados, con resonancias mesiánicas, y usurpadores, por así decir, de su lugar a otros muchos países. Cierto que USA significa exactamente Estados Unidos de América, pero reducido a la expresión Usa, queda como un nombre más de país, en cuyo origen o significado no se piensa, como no se piensa en el de Suecia, Francia o España.

He dedicado una primera parte del libro a la marcha hacia la guerra, siempre tan debatida, por el método de exponer la actitud y la conducta de los personajes más destacados de la república. Me ha parecido clarificador.

Entre los apéndices incluyo uno sobre el origen regional de numerosos personajes, que, entre otras cosas, indica hasta qué punto la guerra civil lo fue en todas partes y no, como algunos pretenden, «contra» alguna o algunas regiones en particular.

Asimismo hay uno dedicado a mapas, los cuales son muy esquemáticos, no detallados, para dar una idea de la evolución de la guerra y de algunos episodios particulares.

Agradezco, en fin, su ayuda en la corrección del original y apoyo de otras diversas formas, a Jesús Salas Larrazábal, Carlos Pla Barniol, Joaquín Puig de la Bellacasa, Francisco Carvajal Gómez, Dolores Sandoval León, Miguel Platón, José Orejas Canseco.